

Eduardo Arias Suárez

Escribe: ADEL LOPEZ GOMEZ

Pronto se cumplirán —en noviembre cercano— siete años de la muerte de Eduardo Arias Suárez. Estas páginas que nunca llegaron a cumplir su finalidad inicial, fueron escritas para prologar el volumen de unas *Obras completas* del gran escritor, que nunca vieron la luz y ahora, en cualquier rincón indiferente, van llenándose de polilla y de olvido. — A. L. G.

El señor Constantino, personaje central, casi único de *Bajo la luna negra*, dice en uno de sus frecuentes desvaríos: “Entonces yo volví a ser yo mismo, cuando tenía solo veinte años. Hijo de la tierra ardiente que me tostaba la cara y me atropellaba la sangre en las arterias; cazador de jaguares en las montañas del Quindío; nadador intrépido en las aguas del Magdalena; domador de caballos y de mujeres; cantador de bambucos y as del trago, de la baraja y del cuchillo. Yo tenía mucho de la selva en las venas, y mi tierra es abrupta y áspera, con rotundidades de abismo y de montaña”.

Pero Eduardo Arias Suárez no es, exactamente, eso que le atribuye a su contradictorio personaje. Por más que *Bajo la luna negra* sea, psicológicamente, una novela autobiográfica. Una novela de trágicas, a veces absurdas y siempre contradictorias marionetas, manejadas con humor y rencor, con crueldad y llanto.

No. Arias Suárez no es, con toda exactitud, su propio personaje en aquella rara ficción delirante. Nació en Armenia de Caldas, ocho años después que su propio pueblo natal. En la pared de una casona de dos pisos, construída en el costado oriental de la plaza principal, había tiempo atrás un letrero pintado a mano, con humo de pez. Decía: “Esta población fue fundada en el año de 1889 por Suárez y Ocampo”. Estos Suárez eran los tíos maternos del escritor. Y cuando Eduardo nació, el pueblo no era más que un pequeño caserío rodeado de bosques espesos. En la plaza estaban las casas de las gentes notables: los Suárez, don Pacho, don Félix, don Víctor, el coronel, el doctor. Y estaban la calle de encima y la del Chispero, la Calle Real y la de Hollofrío. En la casa consistorial señoreaba mi tío Víctor Gómez, en su calidad de alcalde. Avanzando por la Calle de Hollofrío se llegaba a una laguna inmóvil, de sucias aguas verdosas, donde crecían los barbas-

cales y se mecían los juncos y cantaban de noche las "fúnebres ranas".

Mi madre hablaba con frecuencia de "mi tío Juan Esteban Arias". Cuando vine al mundo, ya el viejo había muerto y de él solo sabía yo que pertenecía a la familia de los fundadores. Que era hermano de mi dulce abuela Rafaelita y padre de un muchacho antipático que se llamaba Eduardo.

Muchos años más tarde —en septiembre de 1944— escribí para la "solapa" del libro *Envejecer* —tercero en la limitada bibliografía de Eduardo Arias Suárez y publicado por mí en la primera Biblioteca de Escritores Caldenses— la siguiente biografía:

Arias Suárez nació en Armenia (Caldas) el 5 de febrero de 1897. Viene de la raza noble y campesina de los colonizadores del Quindío. Su padre y su madre forman parte de la familia misma de los fundadores de su pueblo natal. Dada esta circunstancia no deja de ser significativo que su literatura admirable no guste de reflejar el paisaje nativo. Hizo sus primeros estudios secundarios en Manizales, en el colegio de don Jesús María Guingue. Más tarde, en Bogotá, inició estudios de odontología que terminó en 1917. De regreso a su pueblo alternó las labores profesionales con el periodismo y la literatura. Su poesía de esa época —género que prefirió inicialmente— presentó a Arias Suárez ya fuera del período de las vacilaciones. Era desde entonces un poeta castigado y original. Fundó *El pequeño liberal* (1918-1919), y más tarde (1930-1931) *El Quindío*, primer cotidiano regional. Sus trabajos periodísticos adelantados con talento y tenacidad ejemplares,

tropezaron, no obstante, con la incipiente del ambiente. Viajó entonces a Bogotá para ingresar a la redacción de *El Tiempo*, en cuyo suplemento dominical inició su labor de cuentista (1921-1923). Como corresponsal literario del mismo diario capitalino, marchó a Europa donde visitó a España, Francia e Italia (1926-1929). En París (1928) editó su primer libro *Cuentos espirituales*. Su carácter aventurero y solitario le llevó luego a Venezuela. En la Guayana, a orillas del Orinoco, en una aldea de negros donde instaló sus herramientas de odontólogo a la fuerza, escribió después su extraña novela *Bajo la luna negra*, un vigoroso relato de neurastenia, que aún permanece inédito, con prólogo de Baldomero Sanín Cano, igualmente impublicado.

La dura vida de los burgos perdidos ha influido extraordinariamente en su temática y en su estilo. En 1936 ganó en Bogotá unos juegos florales nacionales con su poema *La balada del ensueño*, y en el mismo año contrajo matrimonio. En 1939 (Bogotá) publicó otro libro: *Ortigas de pasión*. La Selección Samper Ortega incluyó en uno de sus cien tomos antológicos uno de sus cuentos y varios poemas.

Mi primer recuerdo de Eduardo se remonta al tiempo de sus veinte años. Yo era entonces un muchachito de catorce, ya precisado a ganarme la vida, que hacía de mensajero en el depósito de sales de Zipaquirá y jabones de pino de don Gregorio Cuéllar. Arias era un mozo engreído, de buena estampa, aunque de no aventajada estatura, trajeado espléndidamente, como un señorito de la capital. Acababa de llegar de allí, con su cartón de cirujano-dentista, y las

muchachas del pueblo se volvían todas ojos tras de su estampa. Iba con frecuencia a la oficinilla de mi patrón. Hablaba, se paseaba. Siempre fue un conversador peripatético y se desplazaba a largos pasos, con las manos abiertas, medidas en las mangas del chaleco, poseído de una cierta vehemencia que él estimaba muy convincente, aunque las más de las veces no lo era.

De mí no se percataba, claro está. Quizá hasta ignorase que éramos lejanos parientes. E ignoraba, naturalmente, que ya empezaba a escribir versos y prositas de amor, y que alternaba el trabajo con el desempeño escolar de mi tercer año de secundaria.

Nunca fuimos por entonces realmente amigos. Nada había que nos atrajese recíprocamente. El era brusco y yo tímido. El tenía cierta violencia áspera que le venía del lado materno, y yo era hijo de mi padre que era poeta —y un gran poeta, entre otras cosas—. Estaba acostumbrado a sentarme a su lado, bajo las estrellas, a oírle recitar los versos de Rivas Groot:

“*Altas constelaciones que fulgurais tan lejos,
mirando hacia la tierra desde
la caba altura...*”

Después me eché yo por los caminos del mundo. Los verdaderos caminos de la tierra, recorridos a pie. Sendas tortuosas por entre selváticas tierras, como eran entonces las nuestras. A través de los ríos bravos. Por las trochas oscuras, que se escurrían entre los guaduales, con gritos de monos y cantos de diostedé. Con pueblitos apacibles —Calarcá, Montenegro, Circasia, Salento, Sevilla— más allá de cuyos lindes pugnaba la raza por abrirse su camino.

También yo buscaba el mío. Pintaba letreros sobre las puertas de los comercios. Embadurnaba una puerta a cambio de una noche con catre de lona y plato de frijoles. Escribía prositas desoladas, con el dolor de mis ausencias, y cartas extensas, llenas de ternura, para mi padre que era, en cierto modo, mi consejero lírico. Escribía cartas de amor para los campesinos, por módico estipendio, y fervorosas epístolas para una prima de mieles y azucenas por quien había aprendido a cantar mi canción y a llorar mi llanto.

Eduardo Arias hacía entre tanto la vida pueblerina. Había fundado un pequeño periódico que era un alarde de valor liberal entre el ingenuo burgo conservero. Lo quería mal casi todo el mundo. Era el mozo más importante de la localidad. Inteligente, instruido, brillante, seco y despectivo. Hacía los mejores versos de Caldas, en un tiempo en que aquí se hacían magníficos versos. Era un hombre casi odiado. Escribió un poema para unos juegos florales. Se llamaba simplemente *Canto al Cauca*. Era una hermosa poesía y con ella ganó el concurso. Pero un mezquino enemigo político dijo en su semanario que el poema era un plagio. Aquello era falso e inepto. Pero muchos lo creyeron. Y el poeta doblado de luchador político, odontólogo sin ganas, joven de sociedad y persona detestada, se marchó a Bogotá e ingresó a la redacción de *El Tiempo*. Escribió poemas y publicó sus primeros cuentos, de una originalidad desconcertante. Usaba el absurdo seudónimo de Constantino Pla...

Desde *Cuentos espirituales* (París, 1928) hasta *Cuentos heteróclitos* (Manizales, 1958) la mayor parte de los relatos breves de

Arias Suárez —unos 150 en total— están trabajados sobre temas provincianos. *Envejecer*, *La solterona*, *Ortigas de pasión*, son pruebas magníficas. Odiaba las parroquias y vivió en ellas la mayor parte de la vida. Echó pestes de ellas a través de sus cartas y soñó en ellas sus mejores sueños. Estuvo siempre en la estrecha, en la inmediata familiaridad de los circunscritos medios geográficos, viviendo con el tendero, el notario, el cura, el predero, la solterona, la matrona, el cacique, a quienes conocía de cerca por su condición de odontólogo. Y aunque aquel era su mundo, se negó a recibir, en el terreno de la creación literaria la influencia necesaria para ser un costumbrista.

No lo era. No quiso serlo y además lo menospreciaba como género literario. Detestaba el habla campesina y no la usó nunca, ni los giros comarcanos, ni el léxico, ni la construcción. Los ocasionales diálogos de sus personajes, cualesquiera que sean su geografía, sexo, posición y demás circunstancias determinantes, se desenvuelven en un idioma severamente civilizado. Un idioma en el cual se expresan lo mismo Matilde y Marucha, muchachas ignorantes nacidas de gentes humildes en un mísero caserío, que Yanina, damita de París, erudita en amores y caricias, intelectualizada y decadente, abismal y adorable. De paso —esta última— una mala experiencia del escritor provinciano en la capital del mundo.

De París, donde escribió algunos reportajes para *El Tiempo* y varias interesantes crónicas de viajes; donde hizo algunos de sus cuentos y publicó su primer tomo *Cuentos espirituales*, Eduardo Arias Suárez

rez salta sin transición, con sus fierros de dentista, a un mísero caserío venezolano, en la guayana de este país, cerca de la terrible prisión francesa.

Es allí, durante más de un año de desadaptación y casi de miseria, donde Arias, escaso como siempre de clientela y de amigos y sin ganas de hacerlos, se mete más fieramente en sí mismo. Luego consigue una maquinilla portátil (quizá la traía desde Francia) y empieza a escribir los capítulos delirantes de *Bajo la luna negra*. Se encierra en su gabinete-taller, donde están la silla tapizada de rojo, la mesilla de los instrumentos, y al fondo los aparatos de vulcanizar, los moldes para las cajas de dientes, todo lo que corresponde a un "consultorio" muy modesto a donde no va casi nadie. El pueblo es mínimo. La selva está allí cerca, a la vista. Se siente su olor, su mito, su verdad, toda su dramática presencia. Pero el escritor no quiere saber nada de la selva. No le interesa adentrarse en ella. No le atrae su embrujo ni le llaman sus silencios. Apenas sí se la menciona incidentalmente en la fantasía de un capítulo subjetivo.

En cambio, se hunde voluptuosamente en el pueblo. Vive su calle larga, sus afueras, sus paisajes más tácitos que expresos para el lector. Es el señor Constantino a secas, extranjero desconocido, joven, arbitrario, inconsecuente y extraño. Habla con la viuda, de las cabras. Con Matilde, la malévola vagabunda. Con marucha, la humilde, la dulce, la inefable. Con todas ellas se quiere en cada uno de los contradictorios momentos, mezclándolas en las interminables divagaciones con aquella Yanina artificiosa que se quedó en París.

Libro amargo y hondo este de *Bajo la luna negra*. Libro de pesadilla. De humildades vergonzosas y frustradas soberbias. Libro de odio y rebeldía. De amor y de lágrimas. En él no amanece nunca, ni siquiera en la última mañana, al tomar el camino de la liberación, porque aún en ese instante se asoma Circe a la ventana.

El señor Constantino es un sujeto singular, un personaje contradictorio, exasperante, lastrado por los mayores complejos. Hipersensible y mitómano, habla en largos monólogos de sí mismo, de sus desgracias e infortunios, con lágrimas en los ojos. A veces tiene tales manías de grandeza, que habla de sus gentes y ancestros como si fuera el biznieto de un emperador, y otras se complace de tal modo en el propio rebajamiento, que habla de sus tiempos de mendigo. De cuando hurgaba en los basureros para alimentarse de las sobras putrefactas. De todas las cobardías y todos los envilecimientos.

Hablando, hablando, siempre hablando de sus quimeras, el hombre se exalta en la piedad de sí mismo, y de todo ello se deriva una entrañable voluptuosidad. Se hace amar de una criatura simple y buena como Marucha, la insulta, la adora, la exaspera, se arrastra a sus pies en humildad repugnante, se niega con rudas palabras a aceptar sus sacrificios, y al fin y siempre los acepta todos, se aprovecha de todos. Es, en síntesis, el supremo egoísta. Un personaje de Dostoiewski hecho de barro tropical, sobre cuyas reacciones y conducta es imposible prever nada.

Y de cabo a rabo esta novela, que nadie conoce porque en treinta años no se ha publicado nunca,

nos deja muchas veces una desazón de documento autobiográfico y hasta hallamos un indicio en el nombre del protagonista, idéntico al seudónimo del autor.

En la vida, en su propia vida, Eduardo Arias Suárez es inestable y desigual. Se tiene a veces por el más grande de los escritores y a veces por el más humilde de los emborronadores de papel. Sus cartas de amistad —y tenía muy pocos amigos— están llenas de estos contrastes.

En veinte años de amistad y de distancia, sus estados de ánimo suelen ser bien diferentes. En noviembre de 1956, radicado con su mujer y sus hijos en Valencia (Venezuela), me escribe después de un largo silencio: “Me vine de allá de Colombia prácticamente desarraigado, sin haber dejado más raíz física que una casa. Pues raigambres espirituales, *attachments*, fuera de tu persona y de Eduardo Cárdenas, no recuerdo ninguna... Yo a mi patria no le debo sino agravios, pues ni una escuela pública me dio asilo...”.

Cree uno estar leyendo las confesiones de su propio personaje de *Bajo la luna negra*.

Unos días más tarde escribe unas palabras desgarradoras: “Sin familia, sin dinero, sin amigos, sin literatura y sin nada me veo ahora como podría mirarse un águila desplumada que anduviera por el fangal”.

Como en el caso de todos los auténticos artistas, en la correspondencia íntima de Eduardo está la clave de su vida, de su tormento, de su gran dulzura, de su acritud, de su generosidad y de su egoísmo, de su cristalina ternura.